

## La sorpresas de un portero.

Daba la una en el reloj de la portería.

El viejo jardinero, muy atormentado por las catástrofes de que por decirlo así era testigo, después de haber dado unas cuantas vueltas por el jardín, desde donde veía á su inquilina andar de un lado para otro en su habitación, inquieto en un principio por la desesperación de Colette, y más tranquilo después respecto á ella, había concluido por meterse en su cuarto.

El portero conocía con detalles el asunto de la avenida del Observatorio.

Aquella noche le había puesto Venotte al corriente de lo que había pasado, con esa vanidad propia de las gentes que están mejor informadas de un asunto que las demás.

La reputación del inspector aumentaba muy á las claras, y de aquel asunto del que únicamente sus celos habían sido causa de que se enterara, sacaba para el patrón del Tisserand un partido enorme.

Todo el día se había paseado por los inmensos almacenes, dándose aires de hombre que sabe más de lo que dice, contestando á los que le

preguntaban, con tono misterioso y haciendo una mueca especial:

—¡Mañana lo sabreis todo! ¡Hoy no... lo he prometido!

Y los empleados se decían entre sí:

—¡Oh! ¡ese Venotte! Nada se le escapa.

Por otra parte Servoz se condenaba por sí mismo.

No había parecido por el Tisserand.

Llegada la noche, Venotte fué á ver al abuelo Gombault, á quien conocía de larga fecha, y le contó todo lo que había visto.

El buen hombre, gracias al inspector, estaba mejor informado que la justicia, la cual en todos tiempos ha avanzado con mucha lentitud, á tientas y cojeando.

Gombault no ignoraba ni los más pequeños detalles del asunto; las persecuciones de Servoz, la resistencia de la desgraciada joven, y finalmente, la agresión del Saboyano, su ciego furor y su acto de ferocidad tan cobardemente cometido.

Pero á despecho de su verdadera consternación, no perdía el sueño.

Acababa de entregarse en brazos de Morfeo, cuando sonó violentamente la campanilla.

Se incorporó en el lecho sobre uno de sus brazos, y creyendo haberse equivocado, dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada.

Un nuevo y más violento campanillazo resonó.

El abuelo Gombault se sentó en el lecho y tiró del cordón del picaporte, pero refunfuñando.

¿Quién sería el importuno que llamaba á semejante hora?

El buen hombre oyó pasos en el portal y saltó del lecho.

Sin duda era que le traían la fatal noticia.

Pero mientras que se vestía con precipitación, se abrió la puerta del cuarto y entró una persona, y sin ceremonia se sentó en el sillón

que estaba pegado al lecho, encendió una cerilla y con ésta dió luz al mechero del gas.

—¡Uf!—murmuró—¡triste tarea!

Gombault abrió desmesuradamente los ojos para reconocer á aquel nocturno visitante.

Pero por el sonido de la voz se tranquilizó.

—¡Ah! ¡sois vos, señor Aubry!—dijo.

—Sí, soy yo—repuso el doctor Aubry con tono casi alegre.—Os pido perdon por haberos molestado, mi buen Gombault.

El portero se ponía la chaqueta.

—Vengo por un acto de caridad.

Y añadió haciendo un cigarro:

—Espero que me sea tenido en cuenta en el cielo, si lo hay.

—¡Y os creéis un sabio!

—¡Toma! Yo no he visto á nadie que venga de allí; pero he pensado muchas veces en que hay infinidad de canallas que serían muy felices si todo concluyera en este mundo. ¡Eso me da que pensar!

—¿Y la pequeña?—le preguntó el portero.

—Por causá de ella vengo. El doctor Anger acaba de salir del hospital. ¡Se le ha metido en la cabeza sacarla adelante, y á fé mia que hay probabilidades de que lo logre! Se ha podido hacerla salir de su síncope, y el mal no es tal vez tan grande como se temía. Por eso es preciso tranquilizar á la otra. ¿Está en su cuarto?

—Sí, señor Aubry, y tan desconsolada que da lástima. Me ha hecho derramar lágrimas. Y sin embargo, soy duro de corazón; ¡pobre ángel!... ¡De modo que vos creéis!... Yo no tenía ninguna esperanza.

—Vamos, no habléis tanto. ¿A qué hora ha venido la señorita Colette?

—Cerca de las dos.

—He debido encontrarla cuando salía de Cochin.

—No ha tomado nada durante el día.

—¡Vamos! ¡Venid conmigo! Como comprendéis yo no puedo entrar solo á estas horas en la habitación de una jóven.

El jardinero concluía de vestirse.

Aubry fumaba su cigarro sin ocuparse de él, y recostado en un sillón hablaba consigo mismo.

—La costará trabajo salir adelante á la rubia—se decía—pero en donde hay vida hay esperanza. El cuchillo defese salvaje ha entrado por entre dos costillas, sin penetrar tan profundamente como se hubiera creído. Indudablemente el golpe fué amortiguado ó parado tal vez con el brazo. ó ese bruto de Servoz tuvo un remordimiento.

—Servoz—dijo el abuelo Gombault.—¿Sabeis, pues?

—El comisario ha estado en Cochin hace un momento... ¡No queria hacer hablar á la moribunda! ¡Verdugo! Pero ya lo sabia todo. Quien la ha herido ha sido un Saboyano de su almacén que estaba loco por ella... Un enamorado. ¡Estrañó amor el que mata! ¡El amor es la vida! Juana le rechazó. ¿Estais dispuesto?

—Sí—respondió el abuelo Gombault.

—¡En marcha!

—Va á ser muy feliz con la noticia—dijo el jardinero, proveyéndose de una luz.

—¡Oh! es preciso no exagerar nada—repuso el jóven doctor. Hay probabilidades y hasta ahora se la creía perdida. Eso es todo.

La casa estaba completamente á oscuras.

Los dos hombres llegaron sin inconveniente á la puerta de la jóven.

Aubry llamó, regocijándose de antemano al considerar la alegría que causaría á Colette Aubin la noticia que la llevaba.

Nadie respondió.

—¡Duerme!—dijo el abuelo Gombault.—¡La atiga!

Pedro Aubry llamó de nuevo.

Hubo el mismo silencio.

Gombault se acercó á la cerradura.

—No tengais cuidado, señorita Colette—dijo.

—Es el doctor Aubry, que viene á hablaros.

No recibió contestacion.

No se oía ruido alguno en la habitación.

—¡Toma!—dijo el joven.—Y la llave está puesta.

—Es extraño—observó el portero.

—Extraño, pero cómodo—dijo el doctor.—

¡Entremos! La buena intención nos excusa.

En cuanto puso los pies en la habitación se plegó su frente.

La bujía, casi consumida, seguía ardiendo.

La joven, tendida en el lecho, livida y sonriente, con los brazos desnudos, la garganta apenas cubierta por los finos encajes de su camisa, las cartas colocadas de cierta manera estudiada, el vaso vacío, le hicieron temblar.

Temía comprender.

Se acercó con rapidez, cogió el vaso y lo olió.

—¡Se ha envenenado!—exclamó.

Y mirando desde más cerca la cara de Colette:

—Aun respira—añadió.—No hay que perder un minuto. ¿Teneis café en vuestro cuarto, Gombault?

—Sí, señor.

—¡Calentadle! ¡Pronto, agua caliente!... ¡al galope! ¡Café muy cargado!... ¿Ois?... ¡Mucho!

Y empujó al portero para que saliera, repitiéndole!

—¡Pronto! Un minuto perdido, y todo puede haber acabado.

Cuando quedó solo, cogió á la desgraciada entre sus brazos.

Su hermoso y flexible cuerpo le hizo estremecerse. Aun estaba caliente.

—A Dios gracias, llego á tiempo—se decía.—

¡Y pensar que yo no creía en los milagros! ¡Suicidarse! ¡Pobre muchacha, tan joven y tan hermosa, porque es verdaderamente hermosa! ¡Andrés tenía razón! ¡Mi tipo! ¡Y soy yo quien la ha suministrado el veneno!

Felizmente Gombault trajo casi en seguida lo que el doctor le había pedido.

Pedro Aubry extendió de prisa una receta de tres líneas: «Ipecacuana, seis decigramos. Emé-

tico, cinco centigramos». Y se la entregó al portero, diciendo:

—Corred á la farmacia más próxima y traed lo que os entreguen. Llamad fuerte.

El café es el antídoto más activo del opio. También es el que se encuentra con más facilidad.

Colette había tomado la dosis de láudano justa para morir.

Con algunas gotas se duerme uno; con medio vaso se toma una embriaguez triste; con lo que ella había tomado, se muere con seguridad.

Pedro Aubry llegaba á tiempo.

Hasta las tres de la mañana, gracias á la enérgica acción de los medicamentos que la había suministrado el doctor, no pudo conseguir que volviera á la vida.

Cuando Colette abrió los ojos lanzó un ahogado gemido.

—¡Vos!—dijo.

—Sí, yo que acabo de salvaros! ¡Desgraciada criatura, ¿por qué morir?

Colette murmuró cerrando los ojos:

—¡Juana!

—Está mejor. ¡Eso es lo que venía á anunciaros!

—¿Vivirá?

—Las heridas no son tan graves como se pensaba. Tened esperanza.

Y añadió sonriendo:

—¡Vivireis las dos! ¡Vos también! ¡Os he salvado! No os dejo morir.

—¿Para qué vivir?

—Para ser feliz. ¡Para ser amada!

Colette le dirigió una mirada tan llena de ternura que inundó su alma.

Aquella mirada fué una revelación para Pedro Aubry.

—No habéis—la dijo.—¿Sentís molestias?

—Sí, muchas. Aquí—dijo Colette indicando el estómago.

—¿Y antes?

—No, no sentía nada. ¡Dormía!

El doctor pasó el resto de la noche á su lado, sentado en una silla y prodigándola los más atentos cuidados.

El abuelo Gombault había instalado un colchon en la habitacion inmediata.

—No os abandonamos ya—dijo á Colette.

Y dirigiéndose á Pedro Aubry, añadió:

—¡Quién hubiera pensado hace tres meses, el día en que las seguisteis por la calle, que muy pronto habiais de ser los enfermeros de estas dos jóvenes!

Era singular en efecto; pero la vida tiene sus azares.

Todo llega en este mundo, y no es en las novelas donde se encuentran las situaciones más inverosímiles, es en la vida real.

La dos cartas escitaban en el más alto grado la curiosidad del doctor.

Al amanecer salió Colette un instante del targo en que estaba sumergida. Y vió que Pedro Aubry miraba con atencion los sobres de las cartas.

—Una es para vuestro amigo—le dijo.—Tomadla y leedla. Vos se la entregareis despues.

Aubry obedeció.

Deseaba saber por qué había querido envenenarse. Colette le interesaba ya á pesar suyo.

Con verdadera sorpresa leyó aquella carta tan conmovedora y de tan elevados sentimientos; pero con desagrado é irritacion supo que Andrés, su amigo, á pesar de sus consejos, había hablado de amores á la herida del hospital Cochín.

A las seis de la mañana se encontraba Colette casi fuera de peligro.

El sol entraba alegremente por la ventana y los pájaros cantaban en los árboles.

Pedro Aubry se aseguró de que su enferma dormía con tranquilo sueño, observó un momento sus facciones, que habían vuelto á tomar una expresion natural, y fué á acostarse en la cama que le había improvisado el abuelo Gombault.

A las nueve y media subió éste por segunda vez y despertó al doctor.

—Señor Aubry—le dijo.

—¿Qué ocurre?

—Una visita para la señorita Aubin.

—¿Qué visita?

—Un caballero... que parece un notario.

—Está bien, voy á levantarme.

Se arregló en un momento y se dispuso á salir.

Colette, con la cabeza pesada, completamente destrozada por las consecuencias de su envenenamiento, examinaba una tarjeta que Gombault acababa de entregarla.

—¡El señor Pescheux!—balbució.—¿Está ahí?

—Ese caballero espera en el portal.

—¿Quiere verme?

—Para un asunto grave.

—Que suba.

Y como Pedro Aubry la estrechaba la mano despidiéndose de ella, Colette insistió para que se quedara.

—Os debo la vida, y no tengo secretos para vos—le dijo.

Pero el doctor se disculpó con discrecion.

—¡Volveré! ¡Os lo prometo!

Cuando salió, tuvo que pararse en el descanso para dejar pasar al abuelo Gombault que precedía á un hombre correctamente vestido con levita negra y corbata blanca.

Aquel hombre era el señor Pescheux.

Todos los habitantes de Compiègne conocian la fisonomía de aquel digno notario.

De estatura regular, bastante delgado y de temperamento sanguíneo, el señor Pescheux, era, cerca de los cincuenta años, de una vivacidad extrema, atemperada por la gravedad de sus funciones.

Era un tipo de honor y de probidad.

Ejercía su sacerdocio con una exactitud modelo y un orden escrupuloso.

May al corriente de los propósitos de la señora de Chambly, no había podido triunfar de su

apatía de criolla, que difería para siempre la confección del testamento auténtico para el día siguiente.

Pero él conocía tanto más el documento preparatorio, cuanto que él le había dictado.

Añadamos á esto que tenía un profundo interés por las dos huérfanas, cuyos encantos habían conquistado su cariño hacía mucho tiempo.

—¿Qué es lo que me han dicho, señorita Colette?...—princípio diciendo el notario—¿que habeis estado á punto de morir?

El abuelo Gombault quiso retirarse.

La jóven le retuvo.

—Es un amigo de nuestra pobreza—dijo al notario.—Podeis hablar delante de él. Hemos tenido grandes desgracias. Tengo la cabeza débil. Quería escapar á mis penas....

—¿En el momento en que van á concluir!

—¿Qué decis?

—Hé aqui lo que me trae.

El abuelo Gombault acercó una silla al señor Pescheux, quien sentándose continuó:

—La repentina muerte de mi cliente la señora Chambly, me causó una penosa sorpresa; pero lo que me admiró más fué no encontrar por ninguna parte un documento importante que yo sabía que existía. Yo había suministrado el papel y dado una minuta para su redacción. Lo sentía tanto más, cuanto que sin tener una avidez extraordinaria perdía con aquella desaparición la gestión de un negocio considerable y veinticinco mil francos que mi cliente me señalaba como honorarios por mi trabajo.

El notario añadió sonriendo:

—Yo no desprecio el dinero honradamente adquirido.

El abuelo Gombault abrió extraordinariamente los ojos.

Aquel *debut* le interesaba prodigiosamente.

El señor Pescheux hablaba con cierta alegría.

—Para mí—continuó—estaba claro que había habido fraude y que una mano criminal había

sustraído aquel documento, que era el testamento, la noche de la defunción de la señora Chambly.

¡Pero qué hacer y qué decir!

¡Yo no tenía derecho á quejarme!

Creí que se había cometido el hecho criminal, que se había consumado el robo y que estábamos perdidos. Sin embargo, me quedaba una esperanza.

La curiosidad de Gombault llegó á su apogeo.

—Una indiscreción de los culpables, una de esas casualidades que pierden á los malhechores, podría descubrirnos algo; era preciso esperar. Tenía á mano un agente, un pobre agente, quien en su reconocimiento por vos y por vuestra hermana, sufría las mismas decepciones y abrigaba las mismas sospechas que yo. El es quien lo ha hecho todo.

—Matias—murmuró Colette.—¡Pobre muchacho!

—Ese testamento que yo suponía robado, y que lo estaba en efecto, ha sido cogido al ladrón. Ese testamento lo tengo yo. ¡Aqui está!

El señor Pescheux presentó, cogido entre el índice y el pulgar de su mano derecha, con delicadeza, casi con respeto, el papel que Justina había sustraído del secreter de su ama, y lo depositó sobre el lecho de la enferma.

Y concluyó diciendo con la satisfacción del triunfo:

—Ese documento vale veinticinco mil francos para mí, señorita Colette; pero yo creo, y estoy seguro de ello, que para vos y para vuestra hermana vale más.

—¿Cuanto?—preguntó el abuelo Gombault electrizado.

—Cuatro millones lo menos—contestó el notario.

El portero, como si hubiera sido herido por un rayo, se apoyó en la pared para no caerse de espaldas.

—¿Qué pensais hacer?—preguntó á Colette el señor Pescheux.

Esta, por toda contestacion, le presentó la carta que habia escrito para Salvador.

El notario la leyó y la hizo mil pedazos.

—¡Cómo! ¿sabiais?... Esto es sublime—dijo,—pero es insensato. No hay que hacer locuras. El derecho es el derecho.

El notario habló largo rato con Colette y se retiró.

El abuelo Gombault quedó solo con su enferma.

—¡Sois feliz!—la dijo.

—Lo seré dentro de algunos días—dijo Colette, pensando en su hermana.—Pero tengo una súplica que haceros.

—¡Hablad!

—Por razones que me reservo, deseo que esto sea un secreto.

—¡Ah!

—Ese es mi deseo, y creo que no puede perjudicar á nadie.

—Es verdad.

—Prometedme, pues, el silencio.

—Bueno.

—¿Para con todos?

—Para con todos.

—Nuestra situacion no ha cambiado en nada.

—¡Puesto que así lo quereis!...

—¡Y somos pobres como antes!

—Está comprendido.

Colette estrechó la mano del portero, y dulcemente cerró los ojos, contenta de esperar, pensando en que aun hay gentes honradas en este mundo.

Hé aquí lo que habia pasado la vispera.

## XXV

## Astucia de indio.

Matias era un propietario que podia disponer de su tiempo.

Esta clase de gente son enemigos peligrosos. Tienen tiempo de preparar un plan, de madurarlo y de ejecutarlo.

Los ciento cincuenta francos que recibia del gobierno generoso con los bravos que se inutilizan en su servicio, no le daban ni aun cincuenta céntimos por día; pero el producto de su pequeño campo le suministraba una provision de patatas, que compensaba el déficit.

Matias era, pues, libre como el aire.

Dueño del secreto de Bidoux y de Justina, se habia prometido apoderarse del documento que éstos habian robado, arruinando á aquellos dos pobres seres á quienes el, por el agradecimiento que las profesaba, llamaba sus pequeñas, cuando hablaba consigo mismo, lo cual ocurría casi todos los días.

Matias pasaba las tres cuartas partes de su vida solo como un lobo en su madriguera ó en los bosques de Montiers.

Desde que habia oido la conversacion de Bi-

deux y de Justina, no se separaba ya del parque de la señora Chambly.

Se deslizaba como una culebra por los matorrales; se pegaba á los troncos de los árboles como una ardilla; se tendía en las altas hierbas como se tiende una liebre sobre el vientre cuando la persiguen los perros.

Así oculto, veía todo lo que pasaba en el castillo.

No salía de él ni un criado, ni una criada, á quien dejara de espiar hasta conocer el propósito de su salida.

Una mañana, Matias, emboscado detrás de unos lilos, al lado de la verja de Montiers, habia visto á Bidoux seguir con Justina hacia la estación de Compiègne, en un elegante faeton que el grueso cochero aplastaba con su excesivo peso.

Bidoux se inclinó amorosamente hacia la doncella y la repitió sus instrucciones.

Matias temblaba de inquietud pensando en que podría desaparecer el papel que él queria coger.

Habia intentado varias veces introducirse en la casa del jardinero, en donde estaba guardado el precioso documento; pero siempre encontraba la puerta cerrada con llave; además, los barrotes de las ventanas eran fuertes.

Pero Matias no se desanimaba y acechaba la ocasión, con la paciencia de una pantera que espera á una manada de gacelas entre los juncos del lago, en el cual deben beber, so pena de morir de sed.

El testamento estaba allí, en el pabellon que él no perdía de vista.

Era preciso que Justina viniera á cogerlo, y Matias estaba resuelto á todo.

Robar á un ladrón le parecia una obra piadosa, sólo que hubiera sido funesto errar el golpe y dar la vez de alerta á la doncella.

La casualidad debía servir á las miras del pobre diablo.

A eso de las siete y media de la noche, estan-

do de acecho, sintió el faeton, que volvía de Compiègne, rodar en las avenidas de Montiers.

Muy pronto apareció Bidoux, sudando y muy encendido.

Aprovechando su descanso en la ciudad, habia estado de francachela, y cuando su asociada estuvo de vuelta, se habia apresurado á regresar al castillo.

Estaba impaciente por saber qué era lo que contestaba Salvador á su *ultimatum*.

Habian hablado en el camino.

Las noticias eran buenas.

El Brasileño, desarmado por la lectura del testamento, cedia.

Bidoux no tenia más que presentarse en el hotel de la calle de Chaillot para recoger los valores y encauzar su fortuna.

A quinientos pasos de la casa de su futuro suegro, rodeando con su brazo el delgado talle de Justina, la besó, en acción de gracias por su buen acierto.

Matias, desde su escondrijo, observaba aquella escena con el corazón palpitante.

El faeton se detuvo.

Justina se apeó y vió al coche describir una curva en un paseo y entrar en la cochera, mientras que ella se dirigía hácia la verja del huerto.

El antiguo soldado se acercó con precaución á la verja y vió á Justina acercarse al jardinero y hablar con él.

El viejo, que fumaba tranquilamente su pipa en medio de sus verduras y sus frutales, artísticamente arreglados, sacó una llave gruesa del bolsillo de su mandil y se la entregó á la joven que se dirigió á la casa paterna y abrió la puerta, entrando en ella.

En los ojos de Matias brilló un relámpago.

Aquella vez Justina estaba sola.

Se acercó con cauteloso paso á la verja del huerto y la echó la llave é fin de entorpecer el socorro en caso de alarma.

Después escuchó hacia la parte de las cuerdas y no sintió á nadie.

Matias comprendió que era preciso aprovechar el tiempo.

Entró en el pabellón, cuya puerta estaba completamente abierta, y la cerró.

Justina, que estaba en la habitación inmediata á la cocina, creyó sin duda que el que entraba era alguno de la casa y ni siquiera miró.

Estaba sentada delante de una mesita y arreglaba unos papeles.

Matias se vió obligado á advertirle su presencia, dirigiéndola la palabra.

—Buenas tardes, señorita Justina—dijo con la humildad del hombre que teme ser mal recibido.

La doncella levantó la cabeza.

—¡Ah! eres tú, Matias—dijo con dureza.—¿Qué es lo que quieres?

—Prestaros un servicio.

La doncella se rió con desden.

—¡Tomal! hubiera creído más bien que venias á pedirme que yo te lo prestara á ti—dijo.

¡Matias prestarla un servicio á ella, Justina Perron, que iba á ser millonaria!

—Sí—repuso Matias—vengo á prestaros un servicio positivamente.

—¡Tú desvarías!

—Circulan rumores por el país...

Justina se puso livida; pero aquella transformación no duró más que un momento.

Se rehizo y con tono de burla preguntó:

—¿Y qué pueden importarme á mí esos rumores, mi buen amigo Matias?

—Es que son graves.

—¡Hablarás!—dijo animándose.

El ex-soldado se acercó á ella y dijo bajando la voz.

—Yo no quisiera molestar—la dijo—ni á vos ni al señor Perron, vuestro padre, que es muy buen hombre, pero se afirma que la señora de Montiers no murió de muerte natural.

La doncella fué presa de un temblor nervioso.

—Se añade que alguno, durante la noche, derramó en su vaso una gota de veneno y que la justicia se ocupa de eso.

Los dientes de Justina rechinaron.

Bajó de nuevo la cabeza y se volvió para ocultar su turbación.

—El veneno se encuentra siempre, es fácil averiguar si una persona ha sido envenenada, según parece. Los sabios tienen medios para conocerlo... Pero no es esto solo.

—¿Qué más dicen?—preguntó Justina.

—Se asegura que Bidoux puede encontrarse comprometido... que la señora de Montiers tenía un testamento escrito; que ese testamento estaba guardado en un escritorio, y que el señor Salvador, el sobrino de la señora Chambly, ha dado ó prometido á Bidoux una gruesa cantidad para hacerle desaparecer y despojar á las dos pequeñas de Montiers.

—¿Y quién cuenta esas invenciones?—preguntó Justina con simulada audacia; pero aterrada en el fondo.

—¿Quién? Mañana lo dirá todo el mundo. Hoy no lo dicen todavía más que algunas personas, pero personas influyentes...

—¡El señor Pescheux! ¡Es él!—exclamó Justina.

—¡El señor Pescheux es un hombre honrado, incapaz de una maldad! Hay otros en el país que están celosos de vos y tratan de perjudicaros.

La asociada de Bidoux estaba asustada.

Su crimen surgia de la tierra, por decirlo así, para presentarse ante ella en el momento en que lo olvidaba.

—Así es que he querido venir á advertiroslo—prosiguió Matias con tono patético—porque, como todo el mundo sabe... sois la amiga de Bidoux.

Justina, de codos sobre la mesa y con los dedos entre su cabellos, devoraba su terror y pe-



saba las palabras antes de hablar. Se retorcia aturrida, despavorida por aquella imprevista revelacion.

Matias juzgó el momento favorable.

La echó al cuello un lazo que llevaba preparado y la tapó la boca con su ancha y huesosa mano.

Justina intentó gritar; pero la cuerda medio la estrangulaba.

—Ya te tengo—la dijo—echándola al suelo. Ese papel eres tú quien lo ha robado. Está ahí. Lo quiero. Te mataré antes queirme sin él. Entrégamelo y callaré. Asesinaste á tu ama, lo sé. Pero no gozarás de tu crimen.

Justina echaba espuma por la boca.

Hubiera querido poder matar á aquel Matias, pero él era el mas fuerte. Se ahogaba, la cuerda se la introducía en la carne.

—Despachemos!—repuso el exsoldado—¡Pueden venir! Tu no ganarias nada con eso, porque, por mi alma, os haré guillotinar á ti, y á tu horrible Bidoux. ¡El papel! ¿En donde está?

Y como Justina callará aún, Matias añadió:

—¡El papel ó acabo contigo, maldita!

La doncella no podia hablar.

Medio muerta, indicó con el dedo un pequeño escritorio con esquinas de bronce.

Matias, sin soltarla, abrió el cajon que ella indicaba, y en el fondo, bajo un monton de cintas y de pedazos de lienzo, vió un papel timbrado, que desplegó con una mano mientras que con la otra tenia medio ahogada á Justina.

Leyó la firma: Juana Salvador, viuda de Chambly; su cara de fiera, cubierta de pelo, se se iluminó por intensa alegría.

Iba á poder demostrar su gratitud á sus jóvenes protectoras.

—Esta bien—dijo dejando á la concella.—Tengo lo que necesita.

Justina se levantó furiosa, toda convulsa, cubierta de polvo y rechinando los dientes.

Dió un paso hácia la puerta, pero Matias la rechazó con tanta fuerza que volvió á caer en

el suelo, dando con la cabeza en una esquina de un mueble. Brotó sangre de ella.

—¡Me harías matar como á un perro si pudieras—la dijo—pero no te temo! Tú eres quien debes temerme. Solo que Matias no causa el mal por el placer de causarlo.

Se lanzó fuera de la casa y dió vueltas á la llave que estaba en la cerradura.

No habia andado aun cien pasos, cuando oyó gritos de furor detrás de él; era Justina que llamaba en su auxilio por la ventana en un verdadero acceso de locura.

Matias era delgado y ágil.

—¡Muerde si puedes, vivora!—la dijo.—¡Ya no tienes dientes!

Y la enseñaba el papel, que agitaba en señal de desafio, burlándose al propio tiempo de Bidoux, que acudiendo se lanzó en su persecucion.

Dos minutos despues atravesaba de un salto las paredes del parque, mientras que el honrado Bidoux, desesperado y fulto de aliento, se dejaba caer sobre un banco.

Matias estaba radiante.

Corrió sin detenerse á través de los campos, hasta Noroy, en donde estaba el señor Pescheux.

El notario escuchó con mucha alegría el relato de la expedicion de Matias, escribió é hizo llevar dos líneas á Bidoux, prometiéndole el silencio si no daba ningun aviso á Salvador, y tomó aquella misma noche el tren para Paris.

Ya sabemos lo demás.

## XXVI

### Cabeza de breton.

Mientras que estos rápidos acontecimientos pasaban en París, el capitán Perros no permanecía inactivo.

Como Matias, perseguía su idea con una paciencia y una tenacidad tranquilas y perseverantes.

Pero su misión era terriblemente ardua, por no decir imposible.

Se necesitaba una circunstancia completamente extraordinaria para atraer a Santiago de Brandes a un lazo y hacerle caer en él.

Nada más difícil que encontrar el punto vulnerable de Santiago.

El capitán Perros estaba a la expectativa.

Corrían en el país malas noticias respecto al barón.

El estado de sus asuntos empeoraba de día en día.

Se afirmaba que se sostenía aún gracias a la condescendencia de Bechard, lo cual era verdad, y que Bechard concluiría por perder la paciencia y apoderarse de los bienes de su deudor,

dor, a quien no le quedaria, como se suele decir, ni un pedazo de pan.

A fuerza de frecuentar Brandes, sin perder de vista sus intereses, Bechard profesaba a Santiago cierto afecto. Su cordialidad le habia seducido, como a todos sus inferiores, leñadores ó jornaleros, que con él trataban.

Bechard demostraba una extrema ternura por la casa y sus habitantes y hacia votos por una restauracion del amigo que le daba, aun en medio de su miseria, las mejores comidas que él habia hecho en su vida.

En suma: es probable que ajustando cuentas hubiera arruinado a su deudor, pero sintiéndolo y derramando una lágrima sobre aquella ruina que él no deseaba.

Así es que á la hora en que el señor Pescheux salia de la habitacion de Colette, Bechard experimentaba una verdadera satisfaccion.

Hé aquí por qué.

A medida que la deuda de Santiago aumentaba, él frecuentaba más Brandes.

No dejaba pasar una semana sin ir dos ó tres veces á visitar al barón, como si temiera que los bienes que afianzaban su crédito, se convirtieran en humo.

Aquel día habia llegado muy de mañana y estaba sentado á la mesa con Santiago, cuando entró en la casa el peatón.

La vieja Susana, que llevaba una gran cazuela llena de anguilas, pescadas por Hilario, entregó al mismo tiempo á su amo una carta cuyo sobre leyó Santiago con diligencia.

Se quedó suspenso.

Desde hacia algun tiempo, el estudiante escribía de tarde en tarde, y cuando lo hacia sus cartas contenian cuatro renglones.

Evidentemente, la oposicion del tío habia entristecido y herido al sobrino.

No entendian la vida de la misma manera.

Para Santiago de Brandes el dinero, la opulencia, los millones, ocupaban el primer lugar. Para Andrés el amor estaba sobre todo.

Santiago de Brandes creía que su sobrino se sometía, pero no sin pesadumbre.

Pasado el primer momento de mal humor, el baron dijo á Bechard que saboreaba abriendo mucho su nariz, los buenos olores del humeante plato;

—Con vuestro permiso.

Y abrió la carta.

Llevaba el sello de correos de Barfleur.

Cuando la hubo leído, exclamó:

—¡Buenas noticias!

—¿Qué ocurre?—preguntó Bechard.

El baron entregó la carta á su huésped, diciéndole:

—Leed; esto os interesa tanto como á mí.

Bechard se puso los anteojos y leyó:

—¡Holal ¡holal ¡Buen negocio! ¡excelente negocio, en fecho! Nacisteis de pié, baron.

Santiago de Brandes hizo un gesto negativo.

—¡Oh!—dijo.

—¡Sí, palabra! Hé aquí un negocio que os viene como llovido del cielo: un negocio con el cual yo no contaba.

La carta era del notario de Barfleur.

Era una carta de negocios, y decía:

«Señor baron:

»Me apresuro á daros cuenta de la visita que acabo de recibir y que os interesa en el más alto grado.

»Un inglés, Mr. John Clarkson, de Liverpool, sale en este momento de mi despacho, despues de haber visitado vuestra posesion, cuya venta habia anunciado yo en los periódicos de Cherbourg.

»Busca una propiedad en la cual pueda construir una villa proporcionada á su cuantiosa fortuna.

»Dice que solo la Honguette puede convenirle, porque linda con el mar en una gran estension, y porque sus playas son muy pintorescas.

»Ha venido entusiasmado.

»Mr. Clarkson está en relaciones con varios negociantes de Cherbourg, quienes me han dado los mejores informes respecto á él.

»Bastante caprichoso por naturaleza, no es dudoso que pagará vuestra posesion el doble de lo que vale, y tal vez más, puesto que, segun él mismo dice, llena completamente sus deseos.

»Os ruego que vengais á Barfleur, á más tardar el viernes próximo, porque él espera una solucion que parece interesarle mucho.

»Si teneis verdadero interés en deshaceros de la quinta, creo poder afirmar que esta es la única ocasion.

»Recibid...» etcétera.

—Cuando yo os decia—repuso Bechard, saboreando la anguila—que no debe uno desesperarse por nada...

—¿Qué me aconsejais?

—¡Que vayais alla, pardiez, y que saqueis el mayor número posible de guineas y de libras á ese inglés que tan rico debe ser!

Bechard estaba muy colorado.

—Desplumar á un compatriota es bueno—dijo;—pero trasquilar á *John Bull* es mejor. No desperdicieis la ocasion.

El baron contó por los dedos.

—Miércoles, jueves... Tengo tiempo de ir á París—repuso.—Puedo estar allí esta noche.

Llamó:

—¡Hilario!

El criado, que almorzaba en la cocina con el cartero, acudió en seguida, diciendo:

—Presente.

—Prepara la *charrette*. Vamos á tomar el tren á Laigle.

—Sale á la una y veinticinco, señor.

—¡Diablol ¡No vamos á tener tiempo para llegar.

—Si, llegaremos á tiempo—afirmó Hilario.

Santiago consultó su reloj.

—Las once y cinco—dijo.—Si podemos llegar.

En efecto, pocos minutos despues el baron

montaba en su vehículo, acompañado del fiel criado.

Desde la puerta de la casa le despedía Susana sonriente, y Bechard, en pie al lado de la *charrette*, tendiéndole la mano le decía:

—¡Buena suerte! Sangrad á vuestro hombre... Esas ocasiones no se presentan más que una vez.

Los ojillos del usujero despedían chispas.

Hubiera deseado encontrarse en el negocio para despojar al insular y arrancarle hasta la piel.

Santiago aflojó las bridas y la yegua blanca partió al trote largo por medio de la avenida de encinas.

Tomó el camino de travesía de los bosques del Perche y de la Trapa.

Santiago vió á lo lejos, dominando las olorosas masas de los bosques, el tejado con cubierta de plomo del castillo de los Essarts.

Allí era donde devoraba sus penas ella, la víctima de sus ambiciones y de su salvaje amor.

La frente de Santiago de Brandes se oscureció.

En los Essarts, como enfrente de la Trapa, un remordimiento le hizo avergonzarse y se sonrojó.

Los Essarts estaban cerrados para él.

En el convento no se atrevía á entrar más que raras veces.

Los ojos del exoficial de granaderos de la guardia, se fijaban en él con una dolorosa reprensión que le llegaba al alma.

El hermano Anselmo había pensado más de una vez en el duelo del día de los desposorios. El baron no confesaba nada.

Pero el mayordomo se acordaba de la insistencia conque su discípulo había hecho que le enseñara la estocada del mayor Cavalcanti.

Con ella había herido Santiago al vizconde de Beaulieu.

A pesar de que el trapense le había dicho:

—¡Esta estocada es digna de un canalla y no de un hidalgo!...

El hermano Adselmo veía en esto una de esas infracciones del honor que repugnaba á sus nobles y leales sentimientos.

Santiago de Brandes, con la cabeza baja, continuaba su camino.

¿Qué había conseguido con sus cobardías, con sus crímenes?

En el momento en que la *charrette* salía del bosque para entrar en los áridos campos, cruzó á su lado una victoria tirada por dos magníficos caballos.

Se le oprimió el corazón y se le crisparon los dedos.

En aquella victoria había visto á una mujer que estaba en toda la plenitud de su belleza, recostada sobre los almohadones de satén, al lado de un anciano de cabellos blancos y delicadas facciones.

La mujer era Germana de Roye, el anciano el general de Treville.

Santiago de Brandes llevó instintivamente la mano á su sombrero.

Pero en seguida se apoderó de él una rabia sorda.

La señorita de Roye no hizo el menor movimiento, el general de Treville permaneció inmóvil.

¡Aunque los dos carruajes habían pasado con rapidez el uno al lado del otro, Santiago tuvo tiempo de ver en el frío, en el casi helado rostro de la mujer, esa rigidez del mármol que el constante dolor imprime sobre sus víctimas, y al mismo tiempo una especie de altivez despreciativa para el autor de tantas penas, que redoblaba la violencia de una cólera exasperada ya por su impotencia!

Cuando el baron tomó el express de Granville á Paris, en la estación de Laigle, se recostó en un rincón y durante las tres horas de viaje se entregó á las más amargas reflexiones.

¡Cuando bajó del tren se fué á la calle Jacob,

atormentado siempre por aquella cólera impotente que no se calmaba!

La cantidad que había recibido de Bechard algunas semanas antes, le hacía rico para mucho tiempo aun.

El baron era económico y hacendoso como una hormiga.

Esto era lo que le había permitido tardar quince años en arruinarse, cuando había llegado ya á un extremo en que un vividor del *boulevard* no hubiera necesitado mas que seis meses.

Aun le quedaba con qué intentar probar fortuna.

Y esa fortuna le sonreía.

Esto es lo que él se decía comiendo solo en el célebre *bouillon* de la calle de Montesquieu, en donde había entrado bastante melancólico, después de haber expedido á Andrés un telegrama citándole para aquella noche, á las nueve en su casa.

Aquel inglés excéntrico que se presentaba tan á punto para sacarle de la miseria, sería su bienhechor.

La suerte se lo enviaba.

Las necesidades del baron eran muy limitadas.

Si podía sacar de la Houquette una cantidad suficiente para solventar su deuda con Bechard y guardar algunos miles de francos, su salvación estaba asegurada.

Brandes, aquella vieja casa casi derruida y á que tanto cariño tenía, le quedaria, y por poco que poseyese, viviria en ella como un ermitaño, sin quejarse.

A las ocho, salió Santiago de Brandes del restaurant y se dirigió á la calle Jacob.

Al llegar á casa de su sobrino, el portero le entregó la contestación á su telegrama.

El interno le escribía:

«Estoy de guardia. Ven á verme. Imposible salir. Te espero. No tienes más que dar tu nombre al portero.»

Tenía que emprender una nueva caminata, pero agradable, puesto que iba á ver á Andrés, al único ser á quien profesaba un puro y sólido afecto.

Nos engañamos.

Había otro ser que hacía latir su corazón.

Del mismo modo que Germana, sentía él en el alma una llaga que se encontraba á causa de los largos sufrimientos y de las inútiles pesquisas que había hecho durante los trece últimos años.

Santiago también pensaba sin cesar en su hija.

Aquella niña era su constante remordimiento.

¡Aquella criatura perdida era su sangre, mezclada á la de la señorita de Roye!

Aquel corazón de granito no curaba la llaga tan profundamente abierta en el de la madre.

Todos los días en medio de sus devastados sotos; todas las noches en su habitación, saturada aún para él del perfume de la que la había ocupado la funesta noche del 17 de diciembre de 1863; la agradable, la angelical visión de la niña descalza de Barfleur, pasaba ante sus ojos.

¿Volvería á encontrarla?

¿Con qué intrigas lucharía ella en aquellos momentos?

¿Por qué mientras él subía por la calle de Tournon, se le presentaba este recuerdo con mas precisión, más claridad, con todas sus circunstancias y detalles?

Le parecía que la pequeña Juana, la niña de Barfleur, marchaba delante de él y que la guiaba como una estrella en aquel paseo que debía terminar fatalmente en las sombrías y fúnebres paredes de un hospital.

A las nueve llegó ante la puerta y llamó.

El portero, con su gorro negro puesto, sacó la cabeza por el ventanillo de la puerta.

—¿Por quién preguntais?—dijo.

—Por Andrés de Fresnaye.

—¿Quién sois?

—El baron de Brandes.

—Entrad.

Y cuando Santiago subia las escaleras, le gritó el portero:

—Sala número 1, en el fondo.

## XXVII

## Luz

Santiago de Brandes conocia la casa en donde entraba.

Pero era la primera vez que penetraba en ella a aquella hora de la noche.

Se sobrecogia al pasar por entre las dos filas de camas, con cerradas cortinas, de donde salian quejas, gemidos ó algun grito agudo arrancado por el dolor á los moribundos, jóvenes ó viejos.

El portero habia dicho:

—Sala número 1, en el fondo.

Muy pronto, al resplandor de una lámpara de gas casi apagada cuya débil luz estaba además atenuada por una pantalla verde, lujo desconocido en el hospital, que el interno se permitia en favor de su querida enferma, vió en una especie de gabinetito, al extremo de aquella larga sala, á Andrés tendido en un sillón al lado de una cama de hierro, cuyas colgaduras de tela blanca estaban medio cerradas.

Al aproximarse su tío, Andrés, que medio dormitaba, rendido por la fatiga de las noches